



SCHOLEM ALEIJEM

Menajem Mendel
desde Odesa, a su esposa Sheine
Sheindel en Kasrilevke

Traducción del yiddish de Luis Goldman,
postfacio, cronología y bibliografía de
Déborah Puig-Pey Stiefel, Nortésur,
Barcelona, 2008, 253 pp.

En una entrevista, el escritor Isaac Bashevis Singer, here-
dero en más sentidos de los
que podrían enumerarse en una reseña de
la obra de Sholem Aleijem, declaraba
que no tenía sentido calificarlo de escri-
tor judío, porque no tendría más sentido
hablar de la literatura judía que de la lite-
ratura católica o protestante y, por ello,
prefería el calificativo de yidish, la len-
gua en la que se había expresado su pue-
blo y en la que compondría toda su obra.
La distinción es más iluminadora de lo
que pensamos si nos fijamos en el patrón
nacional, no estrictamente lingüístico,
con el que aún se conciben los cursos de
la historia de la literatura. La asociación
de lengua y nacionalidad, sobre todo
desde los albores de la época contempo-
ránea, habría implicado una absorción de
lo literario por lo ideológico aún más
perjudicial de lo que lo habría sido su
asociación con la religión. Se trataría, en
todo caso, de asociaciones arbitrarias,
pero que habrían dejado una huella tan
duradera como desorientadora en la apro-
ximación de los estudiantes al fenómeno
literario. Lo que distingue a un fenómeno
literario de cualquier otro es algo tan
superficial como la lengua en que ha sido
concebido, pero la lengua es un vehículo
de expresión de otros fenómenos que no
son sólo literarios. Por tanto, se diría que
la clasificación de un escritor ha de fun-
darse transitoriamente en la superficiali-

dad. La consecuencia que se sigue de una atenta lectura de aquella declaración de Singer, que se proyecta, sin embargo, sobre nuestro modo de apreciar obras como la de Sholem Aleijem, es que la clasificación de un escritor es una cuestión superficial; la consecuencia obvia es que la profundidad está en lo escrito, no en el escritor. De hecho, sabemos que al reseñar *Menajem Mendel*, de Sholem Aleijem, remitimos a una valiosa edición y traducción que amplía los límites del mundo de sus lectores. La traducción se convierte así en la lengua franca del fenómeno literario, como nos recordaba Thoreau al anotar que un buen libro es aquél que resistiría ser traducido diecisiete veces. El fenómeno literario soporta esa transformación, incluso la exige idealmente, si es cierto que hay, junto a la lengua materna, que es la que oímos y hablamos, como distingue el autor de *Walden*, una lengua paterna, que es la que somos capaces de leer y escribir. No se trata, en tal caso, de lenguas concretas, ya que la condición de la paternidad es sólo la deliberación con que la lengua es usada. En el caso de la traducción, la paternidad saldría reforzada por esa “bastarda” multiplicación del original, ya que —insistamos en ello— lo que importa en el fenómeno literario no es el descubrimiento del escritor, sino de lo escrito. Desde este punto de vista, la lengua no sería el principio de la cultura de un pueblo, sino el privilegiado medio de expresión de su cultura. La atribución de un valor cultural intrínseco a la lengua habría dañado una apreciación fidedigna de los fenómenos literarios.

Tendría más sentido, a la vista de lo dicho, que un escritor se identificara con una tradición antes que con una lengua, ya que la tradición es lo que su generación ha logrado aprender de las anteriores. La tradición, con esa perspectiva, sería un requisito natural de la educación, si hemos de entender que la educación sea algo más que lo que una persona llega a aprender sólo por sus propios medios. La educación es, en primera instancia, un proceso tutelado, si no ha de resultar un avatar de la existencia. Un maestro debería educar al discípulo de manera similar a como él debiera haber sido educado por su propio maestro. Esa semejanza del procedimiento supone la exigencia de recordar o imaginar lo que habríamos aprendido antes de conseguir transmitirlo. La tradición es la cadena del saber cuando lo que se enseña es aquello digno sobre todo de ser recordado. Ninguna educación puede partir, pues, desde cero, ni podrá bastar a la aspiración de la educación un horizonte indefinido del progreso material al que la civilización hubiera llegado. Si hay un progreso sustancial, debe ser un progreso que afecte a la parte más importante de la vida de los hombres que lo han conocido, pero esa parte más importante no ha sido concebida precisamente en virtud del progreso alcanzado. La parte más importante de nuestra vida tal vez escape a la percepción del progreso en que la propia vida se halla inmersa sin ningún esfuerzo. La parte más importante de la vida tendría que ver con aquello que entraña una promesa de duración. Esa tradición o promesa de duración es tan antigua como la propia idea de humanidad que se refleja en las páginas de Sholem Aleijem. Lo que queremos decir es que la imaginación, en sus vuelos más afortunados y expansivos, no sólo no es incompatible, sino que ha sido reiteradamente fiel al impulso que nos lleva a mantener aquella promesa en nuestra vida cotidiana. Esta es otra manera de subrayar que nuestra educación estará incompleta si no hemos conocido el valor de una tradición, aunque sea una tradición inventada o recreada por la imaginación. Lo que más llamará la atención del lector de Sholem Aleijem, en nuestra época de escandalosa crisis económica, es la actualidad de las aventuras en que se encuentra atrapado el personaje por la volatilidad de los negocios que emprende. Menajem Mendel podría ser el trasunto paródico de quienes han depositado espe-



LIBROS



SCHOLEM ALEIJEM
Menajem Mendel

ranzas de prosperidad en “valores” diversos a los valores que Sheine, su esposa, con la inestimable ayuda de su madre, le recuerda desde Krasrilevke. El espíritu emprendedor de Menajem Mendel en Odesa sería la recomendación más eficaz para el que se vea en apuros: es, en realidad, la transfiguración literaria de los seres humanos que advierten que han de seguir luchando para salir adelante. La figura, sin embargo, resultaría menos graciosa y deliciosamente instructiva si no contara con el trasfondo de reprimendas y avisos de su esposa, que le escribe desde lejos todo lo que le hace falta saber sobre su familia. El humor que va y viene entre los esposos parece entonces una garantía de que lo más importante de la vida de ambos seguirá a salvo de las adversidades que se presenten. El lector repara en que las fórmulas de saludo y despedida de las cartas son una prueba reiterada de esa garantía. Las fórmulas han de ser religiosamente escritas y leídas al comienzo y al final de cada carta. El conato del progreso y el escarmiento de la tradición se hallan en los extremos de ese intercambio. Nos lanzamos a vivir, parece recordarnos Sholem Aleijem, tal como Menajem Mendel se lanza a trabajar, a pasar de un trabajo a otro, aunque él lo haga siempre con la confianza de poder contar a su esposa las cosas que le suceden en un futuro próximo y con mayor detalle. Menajem Mendel acaba por citar los celebrados dichos de su suegra, aunque esa sabiduría tan antigua y doméstica no le impedirá emprender su viaje a América, donde han de esperarle nuevas oportunidades de prosperidad. ¿Podría decirse de manera más elocuente que el regreso de Menajem Mendel está anunciado en cada carta que le envía a su esposa? ¿Hay otro rasgo más característico del carácter de Mendel que su entrañable fidelidad, la que le habría llevado, en el caso de haber tenido éxito —¡como casamentero!— a buscar al dueño de aquella información que le permitió ejercer su oficio para compartir con él la mitad de las ganancias? Todo esto suena anecdótico frente a la cuestión previa que nos ha incitado a reseñar la novela de Sholem Aleijem: la de si sería justo clasificarlo como escritor judío. Pero se diría que no nos equivocamos al dejar que el sonido de las anécdotas de Mendel nos haga olvidar una cuestión tan superficial.

Javier Alcoriza